

CARMEN KORN

# TIEMPO DE MUJERES

Hijas de una nueva era II

Traducción de María José Díez Pérez

 Planeta

MARZO, 1949

Los ladridos del perro sonaban tan cerca que Theo se asomó a la ventana para ver el jardín. Allí apenas se dejaba intuir la primavera tras un invierno que había sido sumamente frío y que aún no había abandonado los primeros días de marzo. Sólo los gorriones gorjeaban en el pelado arce, sin dejarse perturbar por los graves ladridos.

Y a él, ¿lo importunaban? El dogo era de los vecinos, que se habían instalado en la casa de al lado a principios de año. Personas agradables, familiares del propietario anterior, ya fallecido. En los tiempos que corrían era toda una suerte tener un tejado intacto sobre la cabeza. Para él; para Klaus, el hijo de Henny, que vivía en su casa; para la familia de al lado.

No, los ladridos no molestaban a Theo Unger, aunque hasta ese momento en su vida no hubiese habido ningún perro, ni en Duvenstedt, el pueblecito donde había crecido, ni durante los años que había vivido con Elisabeth en aquella casa de la Körnerstrasse, cerca del Alster. Y eso que un perro elegante habría encajado con la mujer con la que había estado veinticuatro años casado.

Tenía la idea de que nunca era tarde para empezar de nuevo, así que ¿por qué no dejar que entraran en la casa un poco de ruido y unos cuantos ladridos? A Theo lo que de verdad lo importunaba era el silencio, ya que entonces lo asaltaban las sombras y le hablaban de aquellos a los que había perdido.

Justo entonces se oyó otro sonido estridente: la ruidosa bocina de un coche, casi como un toque de clarín. Theo dejó el vaso en la mesita que había junto al sillón de piel y en el recibidor coincidió con Klaus, que había bajado de su habitación, en la primera planta, para abrir la puerta.

—Menudo coche —alabó Klaus—. Mira, y ha aparcado justo delante de casa.

Theo apenas daba crédito cuando vio que del coche bajaba Garuti, Alessandro Garuti, que ahora tenía más años, como todos ellos, pero conservaba el porte distinguido de siempre.

—*La brava* —dijo Garuti acariciando el capó del Alfa Romeo que lo había llevado de San Remo a Hamburgo pasando por Niza, Lyon y Alsacia—. ¡Sorpresa!

Fue hacia Theo, risueño, y lo abrazó. También el italiano pensó que su viejo amigo apenas había cambiado. Era la primera vez que se veían después de la guerra. Y resultaba extraño no encontrar a Elisabeth junto a Theo, aunque Garuti hacía tiempo que sabía, puesto que habían hablado por teléfono, que ella lo había abandonado el verano de 1945 para irse a Bristol con un capitán inglés.

Ahora, al lado de Theo se hallaba el joven que hacía que la vida de su amigo fuese menos solitaria: Klaus. Un nombre corto. Alessandro Garuti amaba la lengua alemana, si bien a veces se le antojaba un tanto monosilábica. Rodolfo, en cambio, era como música para sus oídos. Rudi, su hijo y heredero.

Garuti entró en la villa de una planta con el tejado abuhardillado y el rosal. Cuán grato era volver a ver todo aquello. Ya había alcanzado los setenta años, y confiaba en vivir aún mucho tiempo para disfrutar de la paz. Hasta 1940 no había sabido que era padre de un hijo hecho y derecho: Rudi había sobrevivido a la contienda, pero seguía siendo prisionero de guerra, y se hallaba internado en un campo de presos ruso en los Urales. Ojalá volviera pronto.

—Ciertamente es una sorpresa, Alessandro. Esperábamos verte en mayo, no ahora, con este frío —comentó Theo una vez que los tres estuvieron ya en el salón.

—No aguantaba más. Tal vez pueda ponerme en contacto con Rudi desde Alemania.

Theo Unger pensó que el diplomático jubilado y antiguo agregado cultural de la embajada italiana en Berlín albergaba demasiadas esperanzas, pero no dijo nada. En su lugar sirvió un vino tinto del Ahr ligero y bien atemperado para darle la bienvenida.

No tardarían en abordar las tristes verdades. Käthe, la mujer de Rudi, y Anna, su madre, también habían desaparecido cuando acabó la guerra. Había días en los que Theo temía que Henny se hubiese equivocado cuando, la Nochevieja del año anterior, había creído ver a su amiga tras una ventanilla del tranvía de la línea 18. Käthe seguía en paradero desconocido.

—Vaya, tenéis perro —observó Alessandro Garuti, que se había acercado a la ventana y miraba el jardín trasero.

Theo y Klaus se unieron a él y se quedaron pasmados: el dogo estaba en uno de los arriates y movía el rabo. ¿Había saltado el seto?

—*Goliath* —lo llamó una voz desde el jardín contiguo.

El perro los miró una vez más y dio media vuelta, atravesando el seto de boj. Daba la impresión de que *Goliath* pensaba en utilizar la brecha que había abierto muy a menudo.

—*Il cane ha sorriso* —comentó Garuti: el perro había sonreído.

Ese domingo de marzo Henny estaba de guardia en el paritorio y sólo nacían varones, uno de los milagros de la naturaleza después de una guerra: el sexo masculino hacía todo lo posible para

recuperar las grandes pérdidas que se habían sufrido en los campos de batalla de todos los países.

Henny Lühr acomodó al pequeño en brazos de su madre: una primera toma de contacto antes de que el recién nacido pasara a la sala de lactancia. A menudo las mujeres estaban exhaustas en esos momentos, pero algunas no querían separarse de la personita a la que acababan de traer al mundo. En ese sentido, un parto en casa hacía que la confianza por ambas partes naciese mucho más deprisa, aunque también entrañaba más riesgos.

Su madre, Else, la había tenido a ella en casa; al padre de Henny se le cayó el azucarero al suelo de puro nerviosismo. «Eso es que va a ser niña», aseguró la matrona, y retiró del fogón la cacerola con agua caliente.

En cambio, Marike, la hija de Henny, había venido al mundo en la Finkenau, en 1922; ya entonces la casa de maternidad gozaba de una excelente reputación. Klaus también había nacido en ese mismo sitio, nueve años más tarde, y ahora veía la luz del sol toda una nueva generación de posguerra que ojalá tuviese la oportunidad de vivir tiempos de paz duraderos.

Henny miró el gran reloj de la pared del paritorio: en muy poco rato, en cuanto finalizara su turno, podría sacar la ensalada de patata de la nevera del cuarto de enfermeras e ir a ver a Klaus y a Theo. Sin pasarse antes por la Schubertstrasse, donde volvía a vivir con su madre desde que los bombardeos de julio de 1943 destruyeran su casa. Si se dejaba caer por allí, Else se pondría de morros cuando supiese que no iba a pasar la tarde con ella.

Klaus, de diecisiete años, tenía una habitación propia en casa de Theo. A Theo le habría gustado que Henny se instalase con ellos, pero, por una vez, ella no quería precipitarse. Todo había ido demasiado rápido, sobre todo el amor.

Vio que Gisela se hacía cargo del recién nacido para llevarlo a la sala de lactancia. La placenta se había desprendido a los diez minutos, no se esperaban complicaciones, pero, para ir sobre seguro, Gisela no perdería de vista a la madre durante la siguiente hora y media.

Había algo en la joven comadrona que a Henny le recordaba a Käthe, aunque Gisela tenía el cabello cobrizo y pecas. Probablemente fuera su testarudez. El joven doctor Unger había apodado a Käthe «La contestona», años atrás, cuando ésta empezó con Henny su formación para convertirse en comadronas en la Finkenau.

El día anterior había visto que Gisela se metía en la bolsa de la compra una pastilla de jabón Sunlicht. El jabón era propiedad de la clínica. Al parecer, Gisela no se había dado cuenta de que la observaban.

En su día Käthe birlaba escamas de chocolate y paquetitos de porciones de mantequilla en la cocina del ala privada, y, aunque lo había sabido todos esos años, Henny no había dicho nada.

No, el día de Nochevieja no se había equivocado, aunque Theo empezase a pensarlo. Käthe iba en el tranvía, se miraron. Pero, debido a lo inesperado del momento, Henny no pudo subirse al vagón, la campanilla que indicaba que el tranvía iba a arrancar había sonado hacía rato; por ahora ella seguía oyéndola. Salió corriendo torpemente por los adoquines mojados, pero el tranvía de la línea 18 se alejaba de la parada del puente de Mundsburg.

«Una alucinación —diagnosticó Theo—. Una alucinación fruto de la esperanza.» Pero Henny seguía viendo la cara de susto de Käthe. No habían sido imaginaciones suyas. ¿Por qué se había asustado su amiga cuando por fin habían vuelto a verse? Se conocían desde que tenían siete años, ¿por qué después

de ese inesperado encuentro Käthe no había acudido a ella? ¿Por qué se escondía? No había ni rastro de Käthe en todo Hamburgo.

Desde entonces habían pasado un enero, un febrero y trece días de marzo. La idea de que Käthe había sobrevivido no sólo al campo de concentración de Neuengamme, sino también a las marchas de la muerte que se vieron forzadas a emprender cuando lo evacuaron, en un principio llenó de una dicha incontenible a Henny, pero ahora sólo sentía confusión y una corazonada que se negaba a admitir.

La puerta se abrió y Gisela volvió al paritorio con el doctor Geerts.

—¿Quiere que la lleve, Henny? Voy a Winterhude, puedo dejarla en la esquina de la Körnerstrasse.

Geerts ya llevaba allí algún tiempo, casi tanto como Theo, que era uno de los médicos jefe desde hacía años, aunque probablemente nunca llegase a ser director de la clínica. Tal vez porque no creía en las jerarquías.

—¿Cómo sabe que quiero ir ahí? —preguntó Henny.

—Sólo era una suposición —respondió Geerts, esbozando una sonrisa.

Pese a que no tuvo que andar mucho hasta la casa de Theo, el viento frío hizo que a Henny se le enrojeciese el rostro. De no haber efectuado la mayor parte del trayecto en el nuevo Ford de Geerts, ese día en que tan poco faltaba para la primavera le habría dejado escarcha en las pestañas. Klaus fue a la puerta y le cogió la ensalada.

—Tenemos visita, mamá —informó—. Alessandro Garuti ha venido de Italia.

En ese preciso instante Theo salió al recibidor y, tras hacerse

cargo de su abrigo, la tomó de la mano y la llevó al salón. Garuti, que se había levantado, fue a su encuentro.

Henny sintió un instante de turbación cuando le presentaron por sorpresa a un gran admirador de la primera esposa: Elisabeth era muy superior a ella en gracia y elegancia. Pero el distinguido *signor* Garuti, que estaba delante de Henny, era el padre de Rudi y el suegro de Käthe, y eso hizo que se sintiera menos cohibida.

Si probablemente a Elisabeth le hubiese besado la mano, Henny se alegró de que a ella tan sólo se la estrechara con firmeza, un gesto de bienvenida cordial y afectuoso. Le agradó en el acto Alessandro Garuti, que tanto le recordaba a Rudi. Ojalá al menos él volviera a estar con ellos.

Cuando se sentaron a la mesa a cenar, la conversación no tardó en girar en torno a Rudi, Käthe y Anna. Garuti sabía del fugaz encuentro la tarde del día de Nochevieja.

—Me figuro que habréis acudido a todos los organismos oficiales de la ciudad —comentó, y le vino a la memoria el día que acudió al registro civil del distrito de Neustadt para comprobar los datos del año 1900 y así supo del nacimiento de su hijo y también de la muerte de Therese, la madre de Rudi.

—No hemos dejado tierra por remover —repuso Klaus.

—No está inscrita en ninguna parte. Ni siquiera en los alrededores de Hamburgo —añadió Theo.

—Con lo cual tampoco podrá tener cartilla de racionamiento —señaló Henny. ¿Cómo iba a poder sobrevivir así?

Cada uno de ellos miró su plato en silencio.

—Käthe iba en ese tranvía —aseguró Henny.

—¿Es Henry Vaughan Berry el actual gobernador civil de Hamburgo? —quiso saber Garuti.

—¿Lo conoces? —Theo miró a Garuti con cara de asombro.

—Un viejo amigo mío estudió con él en Cambridge. Eso fue



antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, pero siguieron en contacto.

—¿Qué puede saber Berry? —planteó Klaus.

—Veremos —respondió Garuti con un suspiro—. Es como buscar una aguja en un pajar, pero bueno.

Else Godhusen había leído el consejo en *La inteligente ama de casa*, la hojita que el tendero le deslizaba por el mostrador. No costaba nada y daba muy buenos consejos, como, por ejemplo, cómo vencer la soledad cuando una estaba en casa sola por la tarde.

Era sencillo: hacer como si fuese a cenar contigo el emperador de China. Acicalarte. Cubrir el hule con un mantel. Añadir una copa de cristal tallado de la cristalería buena. Levantar la copa con el vino del Rin de cuatro marcos con noventa y cinco y comer un huevo relleno con un poco de caviar.

«Y estar sola», pensó Else, y se enfadó cuando se manchó la blusa de seda con mayonesa. La radio, que se suponía que debía encender, tampoco ayudaba, ni siquiera la animada velada de la NWDR. Aunque quizá fuese Thies, el marido de su nieta Marike, el creador del programa.

Tenía setenta y un años ya, y era viuda desde los treinta y cuatro. Viuda de guerra. Ahora volvía a haberlas, y en abundancia, y también novias de guerra. Qué idea más absurda, como si las mujeres quisieran casarse con la guerra, en lugar de con ingleses o americanos.

Else se levantó y sacó la pastilla de jabón del mueble del fregadero. Sería mejor que se quitara la blusa y se pusiera la bata. Los demás consejos de *La inteligente ama de casa* eran más útiles: corteza de roble para los sabañones, o un patrón para confeccionar cazadoras para los chicos, aunque Klaus ya era demasiado alto para las medidas que facilitaban.

Pasaban de las diez y Henny todavía no había vuelto. El doctor Unger era un caballero, pero la relación que mantenían esos dos no se podía decir que fuera decente. Antes la gente siempre se casaba, incluida Henny. Que Klaus viviera con el médico en lugar de dormir en su casa, en la cama plegable de la salita, estaba muy bien, y Klaus era mucho mejor estudiante desde que tenía su propio cuarto. Pero la familia debía permanecer unida, y otros vivían en agujeros, en sótanos expuestos a las corrientes de aire, y aguantaban juntos sin quejarse.

Else Godhusen se frotó la mancha de salsa, enfurruñándose más mientras lo hacía. Quizá un brandi le hiciera bien. Desde luego, la blusa no, que poco después colgaba mojada en su percha. Sin embargo, necesitaba más consuelo del que le proporcionaría un vasito de vino. Else fue a la salita y sacó una copa de coñac del armario para que la exquisitez de la velada no se perdiera del todo. Se sirvió una buena cantidad y volvió a la mesa de la cocina.

¿Dónde estaría Käthe, teniendo en cuenta que Henny la había visto? Ahora en casa de los Laboe vivía una familia que lo había perdido todo en los bombardeos, las mujeres refugiadas habían seguido su camino. Else sacudió la cabeza. Le vino a la memoria Ernst, el hombre del que se había separado Henny. Eso también era nuevo, el divorcio.

Si Käthe estaba allí, ¿por qué no daba señales de vida? Sabía perfectamente dónde encontrar a Henny. Else se sirvió otro brandi.

Y la asaltó la imagen de enero de 1945: Ernst asomado a la ventana, mirando sin parar la casa de los Laboe. Pero ¿qué tenía que ver eso con que Käthe no apareciera?

La sinfonía del terror de los primeros días de evacuación del campo. Las voces frías de los SS: «Daos prisa, hatajo de desgra-

ciados». Disparos. El arrastrar de pies de quienes aún tenían zapatos, a menudo trozos de madera que habían afianzado a las plantas con cuerdas. El paulatino silencio de los pobres diablos que emprendieron la marcha.

Durante noches interminables, Käthe sólo vio ante sí la carretera, una larga cinta gris de desesperación. La abandonaron las fuerzas que le quedaban, apenas tenía espíritu para seguir adelante.

Y, a pesar de todo, logró alejarse de esa comitiva de fantasmas. Se agazapó en la cuneta y se escondió entre las matas para, más tarde, cuando el tren que llevaba a los prisioneros al campo de Sandbostel estuvo lo bastante lejos, escabullirse en la oscuridad hasta llegar a una cabaña que se alzaba aislada en el desierto paisaje.

Para intentar sobrevivir en algún lugar entre Hamburgo y Bremen.

Käthe soltó la risilla bronca a la que se había acostumbrado. ¿Por qué esa noche le venía a la cabeza todo ese horror? ¿Porque había perdido su trabajo, habían descubierto y arrestado al médico? El médico que ayudaba a las mujeres a librarse de los hijos que no querían. No había revelado el nombre de su ayudante. Todavía no.

De comadrona a ayudante de un abortero clandestino. «Rudi, si lo supieras, te revolverías en la tumba.» ¿Dónde estaría enterrado? ¿En algún lugar de Rusia? ¿Ante las puertas de Berlín? No se hacía ilusiones de que siguiera con vida. En primavera de 1948 acudió una vez más al servicio de búsqueda, pero allí no disponían de información sobre él. Se limitaron a mirarla con cara de asombro cuando Käthe se negó a dar su nombre y su dirección. Mejor no hacerse ilusiones. Las ilusiones hacían enfermar a uno. Más aún.

No, Rudi ya no vivía.

Aunque se encontraba sola en la cabaña, cogió impulso para hacer un gesto que subrayara ese hecho: Käthe tiró de la mesa la taza con lo que quedaba del sucedáneo de café que tenía. Juntó los pedazos con el pie. No los recogería: no había nada con que pegarlos ni nada que reparar.

El rostro de Henny a través de la ventanilla del tranvía. ¿Qué estaría haciendo en el puente el día de Nochevieja? ¿Estaría pensando en Lud, que había muerto atropellado allí? Pero ella tenía a Ernst, con el que seguro que estaba a cubierto en alguna parte. Ernst, el denunciante. Henny lo sabía. Käthe no paraba de musitar esas palabras desde enero de 1945, como si fuesen las cuentas de un rosario.

—No quiero saber más de ti, Henny —dijo en voz alta en la cabaña. En voz alta y a solas. Pero no se podía permitir sentir añoranza. Ni de Rudi ni de Anna, y desde luego no de Henny.

Se levantó y se puso otra chaqueta de punto. Qué marzo tan frío. Pero eso también lo soportaría. Sabía bien lo que era pasar frío.

En un primer momento había vivido en una barca anclada en el Dove Elbe, más una ruina que un hogar seguro. Daba la impresión de que no era de nadie, quizá su dueño la hubiera abandonado o hubiese muerto hacía tiempo. Era una ironía de la vida que Neuengamme estuviese tan cerca. Si extendía la mano casi podía tocarlo.

—He visto la cuerda donde tiendes la ropa —dijo la mujer que estaba en la encharcada pradera, a la orilla, a principios del primer invierno que Käthe pasaba en Hamburgo—. Puedo ofrecerte algo mejor. Para vivir, me refiero.

—¿Por qué yo? —preguntó Käthe cuando la mujer la llevó hasta la cabaña de la parcela, no muy lejos de la barca, en Moorfleet.

—Porque me voy a vivir con Helmut —le respondió—. Pero

puedes quedarte en la cabaña y me la cuidas, por si sale mal. No tienes pinta de ser de las que engañan.

Después Käthe no volvió a saber nada de la mujer, que se llamaba Kitty.

Y ahora el doctor había desaparecido del mapa, lo que significaba la cárcel y la retirada de su licencia de médico. Y seguro que la bolsita donde guardaba los billetes para ella había desaparecido también.

Käthe no sabía cómo iba a seguir adelante. Quizá fuera mejor poner fin a su vida.

La última vez que había hablado con Elisabeth había sido a principios de enero, para desearle un feliz Año Nuevo y contarle lo que había visto Henny en el puente. ¿Por qué seguía acelerándosele el corazón cuando lo ponían con Bristol? Su relación había dado paso hacia tiempo a una simple amistad.

—¿No se sabe nada nuevo de Käthe y de Rudi? —preguntó Elisabeth.

—No —contestó Theo—. ¿Qué tal estáis vosotros?

—Muy bien. Disfrutamos de la compañía de *Jack*.

¿Jack?

—¿Quién es Jack? —quiso saber.

—*Oh, sorry*, Theo. Olvidé mencionarlo: *Jack* vino a casa en febrero. Es un foxterrier.

¿Qué querían decirle todos esos perros? No era necesario hacerse con uno propio: *Goliath*, el dogo, había vuelto a visitar el jardín por la mañana.

—Un foxterrier —repitió Theo. Habría pensado que a Elisabeth le pegaba más un pequeño lebrél italiano: delgado y de patas largas—. ¿Por qué no dijiste nunca que querías un perro cuando estábamos casados?

—En Inglaterra es mucho más normal. Además, los tiempos que vivimos tú y yo no eran los más adecuados para ampliar la familia.

Sí, en eso tenía razón. El hecho de que Elisabeth dependiera de la mano protectora aria de Theo había perjudicado a su matrimonio.

—Alessandro está en Hamburgo —le contó Theo—. Confía en que desde aquí sea más fácil ponerse en contacto con Rudi.

—Eso dio a entender la última vez que hablamos.

De manera que seguían en contacto, Garuti no lo había mencionado. Quizá fuese algo de lo más natural para él.

—Dale muchos recuerdos de mi parte —pidió Elisabeth—. *Poor Alessandro*. Espero de corazón que ambos regresen pronto.

Resultaba extraño que intercalara una frase así, repleta de buenos deseos para Alessandro y Rudi. Claro que Elisabeth Bernard, antes Unger, empezaba a ser inglesa.

—¿Te arrepientes, papá?

—Ni lo más mínimo —replicó Joachim Stein, dirigiendo una mirada afectuosa a su hija.

Tenía ochenta y un años y, pese a ello, se había atrevido a deshacerse de su casa en Colonia en la Rautenstrauchstrasse. La venta lo había convertido en un hombre acomodado, ahora que el marco alemán era una moneda estable.

—Y ¿de verdad quieres invertir tu dinero en nuestra librería?

—¿Se puede saber qué te pasa, Louise? Siempre se te ha dado bien tanto dar como tomar. —Él se rio.

Louise contempló el perfil de su padre, la imponente nariz, cuyo tamaño había heredado ella. Parecía un romano de la Antigüedad, coloniense desde hacía muchas generaciones. Apenas le quedaba pelo en la cabeza, lo cual le confería un aspecto más

expresivo aún. Tieso como un palo, Stein se hallaba junto a la balaustrada del puente de Lombardo, mirando a la avenida Jungfernstieg. Durante un instante pareció triste.

Y eso que Joachim Stein no pensaba en la casa del barrio de Lindenthal, donde había vivido tantos años con su mujer Grete. Ni siquiera en que Grete había fallecido en Colonia en un bombardeo. Sólo veía que el mundo seguía estando demasiado en ruinas. Tanto mejor si contribuía a su construcción.

—Me preocupa que no pienses lo suficiente en ti.

—Esto que hago es puro egoísmo —aseguró Stein.

Le profesaba un gran afecto a Lina, compañera sentimental de Louise desde hacía muchos años. Momme, el socio de ambas, también le gustaba. Y estos eran argumentos a favor para desempeñar el papel de mecenas en la librería Landmann, con el objeto de ampliarla y modernizarla en el edificio, dañado por las bombas, que se alzaba en la plaza Gänsemarkt. ¿Acaso Grete no le reprochaba a menudo a su marido, profesor de Filosofía, que vivía en una torre de marfil? Ahora Joachim se hallaba inmerso en la vida.

El pisito de la Hartungstrasse, entre el barrio de Grindel y la Rothenbaumchaussee, ya le resultaba familiar, como la destruida Hamburgo, apenas más ajena que su destruida ciudad natal.

«Demasiado tarde para empezar de nuevo, Jo», le había dicho su viejo amigo y médico de cabecera. Menuda bobada.

—Mesas a las que se pueda sentar la clientela para echar un vistazo —propuso el padre de Louise—, como en una biblioteca.

—Para eso no hay sitio —objetó ella.

—Pues entonces mesas altas, como el atril de un aula.

No era mala idea. A ver qué opinaban Lina y Momme. Quizá hubiese mobiliario de más en los sótanos de las escuelas; muchas no habían sido reconstruidas.